



padres

perfeccionistas

El educador que no obedece más que a su deseo acuciante de perfección, sin tener en cuenta la realidad, consigue el efecto inverso del fin que pretende: lejos de favorecer el perfeccionamiento del niño, lo perturba.

«que mi hijo sea perfecto»

Se habla con frecuencia de la insuficiencia educativa de los padres. Por eso puede parecer sorprendente el hablar del caso inverso, es decir, del exceso de exigencias educativas. Sin embargo, el exceso de celo educativo es muy frecuente, ya que es una consecuencia de los sentimientos instintivos de los padres.

Todos deseamos, naturalmente, para nuestros hijos grandes cualidades y éxito; lo experimentamos como parte de nosotros mismos. De ahí la tendencia a desear que nuestros hijos sean perfectos y realicen nuestras ambiciones. Pero la intensidad misma de estos sentimientos puede inducir a muchos padres a obedecer más a sus deseos personales que a la capacidad y posibilidades naturales del niño.

Se dice que la perfección no es de este mundo. Esto es particularmente cierto con respecto al niño, que, por definición, es un ser que no alcanzó todavía la madurez. Muchos padres, sin embargo, obsesionados por el deseo de perfección, no soportan que su hijo sea un niño, es decir, un joven ser dinámico, desordenado, torpe y todavía mal adaptado a las servidumbres de la vida social.

«niños modelo»

Esta impaciencia ante las imperfecciones de la juventud se manifiesta muy pronto en los padres exigentes. Por ejemplo, algunas madres —escrupulosas con exceso— piden al bebé un respeto riguroso al horario y le imponen una vida en la que todo está estrechamente regulado, pesado, calculado de acuerdo con las reglas de higiene o normas intelectuales rígidas.

Este mismo deseo de perfección impondrá después unas presiones constantes y minuciosas por la limpieza, la alimentación, el vestido, el trabajo escolar, etc. Este intervencionismo de cada instante hace que las relaciones del niño con sus educadores se conviertan en una constante tensión.

De ello resultan inevitables decepciones recíprocas. Los padres se sienten decepcionados porque el niño no es tan sumiso y obediente como lo exigiría el ideal. El niño in-

tenta protegerse contra este intervencionismo exigente, bien por la huida (pereza, pasividad) o bien por la oposición (indisciplina, desobediencia, etc.).

el «chantaje afectivo»

Tomemos el ejemplo de la alimentación. Si los padres se contentan con ofrecer al niño un alimento suficiente; imponiéndole la necesaria disciplina en las horas y el ritmo de las comidas, sin hacer intervenir sus sentimientos personales, es muy probable que el niño coma como todo el mundo. Pero si, a causa de su deseo impaciente de perfección, hacen intervenir sus sentimientos y le imponen el alimento con toda clase de presiones, el niño se siente impulsado a una oposición que se manifestará por un verdadero "chantaje afectivo". Y entonces tienen lugar esas frecuentes escenas en que los padres emplean todas las presiones afectivas posibles: súplicas, amenazas, recompensas, azotes, etc. ("Una cucharadita más, por el abuelo...").



«es un rebelde»

Las mismas presiones apasionadas y exigentes tienen, generalmente, los mismos efectos negativos en todas las actividades del niño. Este, constantemente espiado, criticado, menospreciado, se siente desalentado y propenso a la rebeldía cuando, por el contrario, tendría necesidad de estímulo y de ayuda.

Pedir al niño más de lo que él puede dar es correr el riesgo de desanimarle o de que se "declare en rebeldía": en una palabra, de inducirle a realizar un esfuerzo que la mayoría de los adultos son incapaces de realizar.



Esta perturbación puede tener consecuencias graves para el desarrollo del niño, que se siente inseguro a causa del "clima" de vigilancia constante.

no se desespera usted

Los padres "atacados" de lo que podría llamarse "complejo perfeccionista", se lamentan: "Hay que estar siempre detrás de él, si no se le fuerza no hará jamás nada" "¿Qué he hecho yo, Dios mío, para tener un hijo semejante? ¡Sólo a mí me suceden estas desgracias!", etc., etc.

Pero si se reuniese un grupo para discutir sobre dificultades educativas, los padres perfeccionistas advertirían, con gran alivio, que ellos no son los únicos que se enfrentan con problemas. Todos los educadores conocen las dificultades que puede provocar el dinamismo, todavía indisciplinado, de los niños.

¡Cuántos educadores que exigen una precoz perfección en los chicos no consiguen alcanzarla ellos mismos...! Pero, incluso admitiendo que se pueda conseguir, no sería sino después de un gran esfuerzo que la mayor parte de los adultos son incapaces de realizar. El exigir al niño esta perfección, aun

cuando no la logra él mismo, hace más apremiante la presión del educador.

Los padres que no soportan las imperfecciones y turbulencias de la juventud revelan su intolerancia, y, por tanto, una debilidad personal. Obedecen al orgullo y a la vanidad, al temor del "que dirán" o de las comparaciones e intrigas de los vecinos, enmascarando casi siempre, con su rigidez moral, unos instintos mal reprimidos o un sentimiento de inferioridad.

«dejar hacer», tampoco es educar

Pero señalar los excesos de la acción educativa no debe conducir al exceso inverso de "dejar hacer". Si las imperfecciones y defectos del niño deben ser consideradas como las manifestaciones naturales de su dinamismo —todavía sin dominar— esto significa que el fin del educador es el conducirlo a ese dominio, a ese perfeccionamiento de él mismo. Dicho de otro modo, si los padres deben aceptar la naturaleza del niño y ayudar a su desarrollo, éste debe hacerse dentro del cuadro de las necesarias disciplinas familiares y sociales, de suerte que la educación podría ser definida como el arte de hacer desarrollar psicológicamente al niño; pero imponiéndole progresivamente, de acuerdo con su edad y sus aptitudes, los esfuerzos y las moderaciones que exige la vida social.

G. MAUCO

Director del Centro Psicopedagógico
Claude-Bernard.—Paris

